Antídotos del destierro. La escritura como desexilio *en Juana Paula Manso*

Remedios Mataix

> *Conozco que en la época en que vivo soy en mi país una planta exótica que no se puede aclimatar*. (Juana Paula Manso, carta a Mary Mann, 1869).
>
> *Quien ha dejado de tener una patria halla en la escritura su lugar de residencia*. (Theodor W. Adorno, *Minima moralia*. Reflexiones desde la vida dañada, 1951).

Hablar del tema que nos ocupa, "Romanticismo y exilio", en la tradición literaria hispanoamericana casi equivale a hablar del nacimiento (muy tardío, como es sabido) de la novela como tal género, un fenómeno que corre paralelo en América al proyecto fundacional de las repúblicas ya independientes, cuando a la retirada de los poderes virreinales sigue una oleada de guerras civiles, dictaduras y revoluciones que se suceden sin tregua y confirman la vigencia de un maleficio antiguo, exasperado en aquel contexto hasta nuestros días: el del exilio. Lo mejor de las nuevas letras nace de esa circunstancia y sus alrededores: la tiranía, la represión, la violencia política, la persecución ideológica, la clandestinidad. Son temas y motivos, más que recurrentes, omnipresentes ya en el Romanticismo continental, que, por su persistencia diacrónica y su recurrencia supranacional, generan una cadena de textos que llegará a constituir casi un subgénero autóctono: la novela de la dictadura.

El eslabón inicial de esa cadena puede situarse en el romanticismo rioplatense. Tanto es así que la historia de la literatura ha bautizado como "de los Proscritos" la generación romántica argentina de los opositores a la tiranía de Juan Manuel de Rosas, cuyo poder se extendió, con un breve intermedio, entre los años 1828 y 1852, y motivó un nutrido éxodo de intelectuales como consecuencia de la persecución o expatriación de cualquier representante de militancia política u orientación ideológica disidentes. A esa generación de los proscritos, identificada comúnmente con los grandes nombres de Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Florencio Varela, Esteban Echeverría o José Mármol, pertenecieron también *las proscritas*, la primera generación de escritoras argentinas, hijas, hermanas, esposas de disidentes o disidentes ellas mismas y exiliadas también, que no suelen aparecer como tales en los manuales e historias literarias no específicamente dedicados a la literatura femenina o los estudios de género, pese a que inauguraron y dinamizaron tanto como ellos la tradición novelesca

en su país. Es el caso de Juana Paula Manso y Juana Manuela Gorriti, esta última una figura muy reivindicada actualmente por los estudiosos, considerada un modelo de éxito literario y hasta una figura ejemplar por parte del feminismo académico, y cuya obra ha sido objeto de muy notables esfuerzos de recuperación editorial.

No ha ocurrido lo mismo con la otra gran figura intelectual femenina de la época, en la que yo me centraré: Juana Paula Manso (Buenos Aires, 1819-1875), escritora, traductora, periodista, maestra y pionera en la defensa de los derechos de la mujer en particular y de los derechos humanos en general, a quien cupo además la responsabilidad inaugural –y los riesgos– de instaurar la presencia femenina en varios terrenos hasta entonces vedados a las mujeres[1], así como de personificar el paso de "la mujer ilustrada" a "la escritora profesional", en términos de Graciela Batticuore[2]. Pese a ello, no sólo ha sido mucho menos estudiada y difundida que Gorriti –quizá por ser mucho menos rentable ante los lentes específicos que postulan ciertos enfoques restrictivos o esencialistas de "lo femenino" en la literatura–, sino hasta cierto punto denostada, como en su momento lo fue por casi todos los sectores de la burguesía letrada, también por los análisis feministas actuales, en la mayoría de los cuales, con algunas variantes terminológicas, Manso aparece como intelectual "fracasada" por demasiado adelantada, obstinada, vehemente o transgresora para su entorno: "Cometió dos errores –resume Lea Fletcher–: salió del sitio femenino, queriendo que otras mujeres hicieran lo mismo, y pretendió cambiar el orden tradicional y su ideología predominante"[3]. Tales "excesos", no ya insólitos sino del todo impertinentes para una dama del siglo XIX, resultaron antipáticos a los hombres y también a las mujeres y le valieron la falta de apoyo institucional, de auspicios o publicidades, además del rechazo, el resentimiento, los ataques y el destierro de la memoria del público durante su vida y

[1] Juana Paula Manso fue la primera mujer que participó directamente de la vida política nacional argentina cuando entre 1867 y 1868 se convirtió en responsable de la campaña electoral que hizo alcanzar a Domingo Faustino Sarmiento (entonces fuera del país) la Presidencia de la República; la primera directora de una Escuela de Ambos Sexos argentina (1859), la primera mujer incorporada a la Comisión Nacional de Educación (en 1869 y hasta 1873), y la primera en impartir conferencias o en ser autora de libros de texto, como el *Compendio de la historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento* –el primer manual de Historia nacional para uso en las escuelas de Argentina– que, si bien no llegó al "centenar de generaciones de lectores" como soñaba su autora, sí logró una considerable difusión, al amparo de las presidencias de Mitre y Sarmiento, y alcanzó nueve reediciones entre 1862 y 1881.

[2] En *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

[3] Lea Fletcher, "Juana Manso: una voz en el desierto", *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994, pág. 113.

hasta mucho después. "El verdadero triunfo, que desafía el sufrimiento y el tiempo –escribió Manso respecto de su *fracaso*–, es haber tenido el coraje de decir la verdad, toda la verdad. A Sócrates lo recompensaron con la cicuta, a Jesús con el Calvario, a Galileo con la hoguera. Soy de esa escuela"[4]. En eso radica precisamente su mayor audacia (la escritora decimonónica era plenamente consciente de que no le estaba permitido incurrir en la misma franqueza que sus colegas masculinos[5]), así como el mayor atractivo de su escritura, que iba mucho más allá del desacato básico a los modelos sociales imperantes –que debe reconocérsele también a Gorriti– en una época y un entorno nada propicios y aun hostiles hacia las mujeres que osaban incursionar en la vida intelectual: la audacia de postularse a sí misma como *escritora patriota*, muy interesada en contribuir con sus diagnósticos y pronósticos al proceso de construcción de la nueva sociedad que llegaría con la caída de la dictadura, que irrumpe en el medio "masculino" de la política y la historia patrias transgrediendo los límites de lo sentimental, lo doméstico o lo legendario, considerado propio de la mujer, y con el atrevimiento añadido de haber elegido para ello, de entre las "estrategias calculadas que asume la autoría femenina para que la escritura pueda ser tolerada en un momento en que no está del todo convalidada la figura de la autora"[6], la más *impúdica* de las modalidades: la autoría apropiada y exhibida, con reivindicación de propiedad sobre los textos y sus soportes de difusión (ella misma se presentó como "escritora y directora de un periódico, o *femme auteur*, como dirían los franceses"[7]), y sin temor a exponer públicamente ni su nombre

---

[4] Juana Paula Manso, en *La Tribuna* (1867), apud Liliana Zucotti, "Gorriti, Manso: de las Veladas literarias a las Conferencias de Maestra", en Lea Fletcher (comp.), *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, cit., pág. 107.

[5] Todavía en 1889 Juana Manuela Gorriti reflexionaba en su obra *Lo íntimo* sobre cómo escribir sin atentar contra la propia reputación y otras virtudes cruciales para el sujeto femenino de la época, formulando sus luego célebres consejos de "lisonjear, mentir, derramar miel por todas partes" y presentar los vicios nacionales convenientemente camuflados: "No me canso de predicarle [a Mercedes Cabello, escritora peruana amiga suya] que el mal no debe pintarse con lodo sino con nieblas, [porque] se crea enemigos, si incómodos para un hombre, mortales para una mujer (…). Un hombre puede decir cuanto le dicte la justicia: el chubasco que le devuelvan caerá a sus pies sin herirlo. No así una mujer, a quien se puede herir de muerte con una palabra, aunque sea ésta una mentira". Juana Manuela Gorriti, *Lo íntimo* (1889), Salta, Fundación del Noroeste, 1948, págs. 155 y 170.

[6] Véase Graciela Batticuore, "Modalidades y fantasmas de la autoría femenina", *La mujer romántica*, cit., págs. 109-132. Entre las contemporáneas de Juana Manso predominaron otras tres, resultado de la tensión entre el "pudor" obligatorio para las mujeres de la época y la exhibición pública que implicaba escribir: la *autoría escondida*, por anonimato o falta de publicidad para lo escrito, la *autoría impostada* con el uso de seudónimo, y la *intervenida*, bien por un mediador masculino que deja su impronta en el texto de la escritora y lo legitima, bien por el "sutil ejercicio" de "saber callar, atenuar los excesos de un conocimiento que sobresale del resto, disimular".

[7] Juana Paula Manso de Noronha, "Quem eu sou e os meus propósitos", *O Jornal das Senhoras*, 11 de noviembre de 1852, pág. 1. Reproducido en Lidia Lewkowicz, *Juana Paula Manso (1819-1875). Una mujer del siglo XXI*, Buenos Aires, Corregidor, 2000, pág. 96.

completo (firmará con los dos apellidos, el de soltera y el de casada, incluso después de haberse separado, ofreciendo información completa sobre su identidad civil y social), ni su particular currículum como escritora ("Mis títulos son haber leído mucho, haber pensado mucho, haber visto mucho y haber sufrido mucho; el sufrimiento es un buen maestro"[8]), ni con qué atributos prefería ser reconocida en el escenario de las letras nacionales y americanas: "Todos mis esfuerzos serán consagrados a la ilustración de mis compatriotas –declaró en su primer texto publicado en Argentina–, y tendrán como único propósito emanciparlas de las preocupaciones torpes y añejas que les prohíben hasta hacer uso de su inteligencia, manejando su libertad y hasta sus conciencias autoridades arbitrarias, en oposición a la misma naturaleza de las cosas. Quiero y he de probar que la inteligencia de la mujer, lejos de ser un absurdo o un defecto, un crimen o un desatino, es su mejor adorno, la verdadera fuente de su virtud y de la felicidad doméstica . Y no se crea que no es de un gran peso en la balanza de los pueblos, ni que la desmoralización y el atraso parcial de los individuos no influye en bien o en mal de la sociedad colectiva"[9].

Además de las señaladas hasta aquí, varias experiencias biográficas más, que, por supuesto, en algún momento convirtió en estímulo o motivo literario, hicieron vivir a la autora la gama casi completa de las posibilidades del espíritu romántico en esa parte del mundo: la vivencia de las luchas políticas que ensangrentaron la historia argentina durante décadas, la suerte compleja de estar cerca de los protagonistas de una Hispanoamérica en construcción, los amores turbulentos, la rebeldía doméstica, las actitudes entonces consideradas extravagantes de una mujer irrenunciablemente dueña de su destino, y la fama (infamia en su caso) alcanzada en vida. Esa intensa y legendaria biografía, que podría haber sido por sí misma materia para apasionantes novelas románticas –como hizo con la suya Juana Manuela Gorriti–, sin embargo, no fue la clave de la producción literaria de Juana Manso, en la que sí parece serlo la experiencia de un destierro prolongado durante más de diez años y su conversión en estímulo para el ejercicio de una literatura más "comprometida" que autobiográfico-sentimental, en la que el exilio, inicialmente semantizado como expatriación debido a la persecución política, pronto trasciende ese sentido asociado a la materialidad del espacio físico para expandirse hacia las formaciones consolidadas

---

[8] Ibidem.

[9] Juana P. Manso de Noronha, "La Redacción", *Álbum de Señoritas*, núm. 1 (1854), pág. 1. Reproducido en Francine Masiello (comp.), *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994, pág. 53.

del imaginario social y aparecer como el "destierro" dictado sobre la mujer, como ser intelectual, como ser político y como ser para la escritura, en otro espacio: el espacio público, de exclusivo usufructo masculino entonces.

Nacida en Buenos Aires en 1819, hija de un activista del Mayo de 1810 que participó en el gobierno de Bernardino Rivadavia (quien extendió a la mujer el derecho a la educación de la que ella se benefició), inscrita ideológicamente en el programa más progresista de su época y de su clase, la burguesía liberal, dedicada a la docencia desde muy joven y "lectora temprana y ávida", según escribía a Sarmiento[10], que hizo sus "primeras armas en la literatura a los 13 años, con traducciones del francés" que su padre mandó imprimir[11], Juana Paula Manso se suma al grupo de los Proscritos en Montevideo, primera sede de la oposición unitaria antirrosista, desde 1840, cuando, agravada la situación política en Buenos Aires, la familia se reúne con su padre, emigrado desde 1836. Allí se relaciona con los escritores de la Generación del 37, especialmente con Esteban Echeverría y José Mármol, con quien entabla el vínculo más estrecho y prolongado, y quien la acercará a Sarmiento, entonces exiliado en Chile. Allí empieza a publicar sus primeros textos, en los diarios *El Nacional* y *El Constitucional*, y allí funda el Ateneo para Señoritas en que ofrecía a las jóvenes exiliadas argentinas formación en lectura, aritmética, gramática, francés, dibujo y música. Pasa luego, como todos los unitarios (tras el sitio de Montevideo por los aliados de Rosas en 1842), a un nuevo exilio en Brasil y en 1844 de nuevo en Montevideo, donde es nombrada directora de un colegio para niñas. Renuncia a su cargo en 1844 para contraer matrimonio en Río de Janeiro con el violinista portugués Francisco de Saá Noronha, padre de sus dos hijas. Con él, y pese a su mal trato cotidiano[12], compartió hasta su separación en 1853 esfuerzos profesionales –los libretos de dos zarzuelas para las que Noronha compuso la música: *Elvira la Saboyarda* (1849) y *Esmeralda* (1851)–, giras concertísticas por Suramérica, Estados

---

[10] Apud Margarita Pierini, "Historia, folletín e ideología en *Los misterios del Plata* de Juana Manso", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 2 (2002), pág. 460.

[11] El resultado fue *Mabrogenia o la heroína de la Grecia* (1834), sobre la obra de Jean François Ginouvier *Mavrogénie ou l'héroïne de la Grèce, nouvelle historique et contemporaine. Suivie d'une lettre de l'héroïne aux dames parisiennes* (París, 1825).

[12] Juana Manso recordaba sus infidelidades, su frialdad y su mal carácter habitual, así como "su imposibilidad de abrir las puertas del todo a nada ni a nadie, mucho menos al amor (...), su manía de meterse dentro de sí mismo sin permitirse vernos ni gozarnos", en un relato dirigido a su hija mayor que se mantuvo inédito hasta que María Velasco y Arias lo publicó como "Apéndice. Manuscritos de la madre" en su *Juana Paula Manso. Vida y Acción*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Porter, 1937. Tomo la cita de Silvia Miguens, *Cómo se atreve. Una vida de Juana Paula Manso* (Buenos Aires, Sudamericana, 2004, pág. 248), que reproduce fragmentos de ese cuaderno.

Unidos y las Antillas, estrecheces económicas y sucesivos cambios de residencia (Río, Filadelfia, Nueva York, La Habana y de nuevo Río), manteniendo siempre como lema irrenunciable "escribir, ver, aprender, leer atentamente pero no sólo libros o periódicos, sino leer el entorno, leer a quienes nos rodean... Hacer historia, vivir la historia, [porque] la historia también es nuestra"[13].

Poco después de su matrimonio en Brasil logró estrenar una pieza teatral, *La familia Morel* (1845), pero su principal empresa brasileña fue la fundación, dirección y redacción, entre 1850 y 1853, de la revista cultural *O Jornal das Senhoras. Modas, Literatura, Belas-Artes, Theatros e Crítica* –el primer periódico femenino brasileño hecho por mujeres–, donde, asumiendo la función de filósofa crítica de la actualidad, publicó crónicas, artículos y ensayos que desde el primer número exponían sin disimulos tanto sus intereses culturales y educativos como sus convicciones antiesclavistas, feministas y democráticas, inspiradas por las últimas corrientes, luchas y publicaciones –las primeras, en realidad– contra la esclavitud y contra la invisibilidad civil de las mujeres, que había conocido en sus lecturas y viajes de la mano de Nísia Floresta, Flora Tristán, Harriet Beecher Stowe, Angelina y Sarah Grimke, o Lucrecia Mott y Elizabeth Cady Stanton, que en 1848 habían organizado en la Nueva York que vivió Manso la Primera Convención para los Derechos de la Mujer. En el *Jornal das Senhoras* publicó también, en portugués y como folletín, su primera novela: *Los misterios del Plata. Episodios históricos de la época de Rosas*, escrita entre 1846 y 1849, y concebida como parte de una serie de relatos históricos que no llegó a completar, según explicó al culminar su publicación por entregas[14]. Más tarde, en 1867, empezó a publicar en la prensa argentina la versión traducida de la obra y finalmente, en 1899, ya muerta la autora, saldría la primera edición completa de la novela, bajo supervisión de las hijas de Manso, sobre la que se realizarían las siguientes.

Ya esa primera novela demuestra que, pese a las incuestionables afinidades en lo ideológico y lo literario con sus compañeros de generación, Juana Paula Manso se pronunció sobre esos aspectos comunes con matices muy distintos a los habituales entre ellos, y no sólo porque insertara entre sus denuncias hacia cualquier forma de tiranía vehementes críticas al rígido sistema social de su época que no lograba integrar a las mujeres: si para los escritores el exilio se

---

[13] Ibidem, pág. 249.

[14] En *O Jornal das Senhoras*, 2 de junio de 1852. Reproducido en Lidia Lewkowicz, Op. cit., pág. 217.

convirtió en plataforma idónea para fraguar intrigas, alentar el levantamiento armado, incluso exhortar al tiranicidio, o, en cualquier caso, retomar desde el periodismo, el folletín, la novela, el cuento o el ensayo el enfrentamiento ideológico contra el régimen de Rosas, para ella la experiencia del destierro se traduce en una concepción de la literatura como lugar de reencuentro con la patria natal, como el "aula imaginaria" donde "meditar y trabajar por la patria ausente"[15], celebrando una cita por anticipado con sus compatriotas, a la espera de que valerosamente modifiquen la historia que impide el encuentro real; en definitiva: como un poderoso antídoto contra el desarraigo y el extrañamiento que intuía podría conllevar el regreso tras la brecha espacial, cronológica, ideológica y emocional abierta por un exilio tan prolongado. Surge así la escritora, la novelista, la periodista de lo que he llamado en el título de este trabajo *desexilio*, término propuesto por el escritor uruguayo Mario Benedetti para designar el ejercicio de readaptación, esa especie de "cámara de descompresión", entre el espacio y el tiempo de la partida y el espacio y el tiempo del retorno definitivo[16], que marca también la escritura de Juana Manso pese a que su exilio fue una experiencia vital lo suficientemente temprana, dilatada y multinacional como para haber operado en ella una "desterritorialización" de su literatura. No ocurrió así: en su itinerario vital se mantuvo siempre atenta y abierta, siempre aprendiendo de su entorno, pero la abrupta condición de desterrada, la amputación que significó, parece mostrarle cuán entramada está en las coordenadas de su propio país y cómo ése es el destinatario natural de su obra. El destierro y la vocación de escribir llaman a recuperarlo, y su escritura se hace desde el principio resuelta e inequívocamente argentina, por la topografía y los escenarios, por las situaciones en que actúan y se desenvuelven sus personajes, por la temática de los conflictos, incidentes, dilemas individuales y colectivos que arrostran los textos, y, sin duda, también por lo que hace creer a la autora en la trascendencia de la literatura y su poder de movilizar vidas y conciencias: poder ingresar y operar, siquiera sea metafórica, literariamente, en la patria. Porque los "misterios" del título de su novela, a pesar de sus resonancias, son muy distintos de los del exitoso folletín de Eugène Sue *Los misterios de París* (1842-1843) que cautivó a públicos de todo

---

[15] Apud Silvia Miguens, Op. cit., pág.212.

[16] Cfr. Mario Benedetti, "El desexilio" (diario *El País*, Madrid, 18/04/1983), incluido en Mario Benedetti, *Subdesarrollo y letras de osadía*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, págs. 132-145.

el mundo e hizo nacer una larguísima serie de imitaciones[17], a cuyo enorme impacto quizá se acoge Manso para garantizar la atracción sobre los lectores: los suyos se refieren a las opacidades de la dictadura, que envuelve a los sujetos políticos o civiles, y hasta a las relaciones más íntimas, en una perniciosa nube de sospechas, intrigas, episodios confusos y clandestinidades. La propia escritora lo aclara en el prólogo:

> No es mi ánimo imitar los *Misterios de París* de Eugenio Sué [sic]. Mi país, sus costumbres, sus acontecimientos políticos y todos los dramas espantosos de que sirve de teatro ha ya tantos años, son un misterio para el mundo civilizado. Misterios negros como el abismo, casi increíbles en esta época, y que es necesario que aparezcan a la luz de la verdad para que el crimen no pueda llevar por más tiempo la máscara de la virtud; para que los verdugos y las víctimas sean conocidos y el hombre tigre –conocido hoy con el nombre de Juan Manuel de Rosas– ocupe su verdadero puesto en la historia contemporánea: el de un tirano atroz y sanguinario tan hipócrita como infame[18].

En esa advertencia preliminar se señala también la situación de enunciación que estoy llamando de *desexilio*: lejanía geográfica respecto a "aquella desventurada tierra" sobre la que se escribe, pero actualidad absoluta de la denuncia de los hechos –lo que impulsa a revelar esa verdad anunciada en el prólogo, que, "desconocida por unos y calumniada por otros", la historia oficial no proporcionaba– y absoluta cercanía emocional: "Si la sangre de mis conciudadanos no gritara ¡venganza! de continuo, me bastaba haber nacido sobre aquella desventurada tierra para no permitir que su verdugo y más cruel opresor sea considerado un valiente y viejo paladín de la libertad. Es necesario que el mundo entero sepa lo que los Argentinos deben a ese Rosas, oprobio y vituperio de la humanidad entera" (pág. 1).

Como todos los textos de la autora, la novela, aun publicada en Brasil y escrita primero en portugués, presupone como destinatario explícitamente convocado un insistente "a mis compatriotas". De esos (y esas) compatriotas aparecen rostros, nombres, fracasos, esperanzas, calles, muertos, y a ellos se dirigen hasta los guiños en el uso de la lengua. Por ejemplo: para el relato del terror institucional implementado por Rosas desde la Sociedad Popular Restauradora y

---

[17] Sobre la difusión y fortuna del modelo véase Antonio Romero Tobar, *La novela popular española del siglo XIX*, Madrid, Ariel, 1976.

[18] Juana Manso, "Una palabra sobre este libro", *Los Misterios del Plata. Episodios históricos de la época de Rosas, escritos en 1846*, pág. 1. Cito por la ed. digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000, sobre la de Buenos Aires, Casa Editora de Jesús Menéndez e Hijo, 1924.

su brazo armado, la organización llamada La Mazorca[19], la autora prefiere el juego fonético al que comúnmente se sometía a ese nombre y escribe "la Mashorca" (pág. 125 y ss.), como se pronunciaba en Buenos Aires, anfibología que se popularizó para hacer referencia a la extrema violencia (*más horca*) de la que esa organización fue protagonista. Desde esa complicidad fundamental y con la violencia de los mashorqueros como eje de la denuncia sobre una situación de represión general, se ficcionaliza los episodios históricos que anuncia el subtítulo, ocurridos entre 1835 y 1838, mediante un "misterioso" sistema de sólo aparente *roman à clef* (que, por si la Historia se distrae o pierde la memoria, la autora misma desvela en abundantes notas a pie de página) alrededor de la persecución de la familia Avellaneda, heterónimo que inviste de resonancias míticas a los Alsina, célebres exiliados unitarios[20]. Con la célula familiar convertida en sinécdoque de la nación (un uso alegórico muy recurrente en la literatura hispanoamericana de la época), la novela alegoriza las oposiciones entre misterio y claridad, terror y bienestar, dictadura y democracia, y contrapone dos ideologías, dos representaciones de la patria simbolizadas por las dos familias protagonistas: a la familia (doméstica o política) igualitaria, horizontal y democrática se opone la "familia federal", patriarcal, autoritaria y vertical, que amenaza con el contagio universal –hasta la oposición unitaria empieza a dar muestras– de la pérdida de valores y de "la barbarie, el salvajismo, el retroceso de toda idea de civilización" (pág. 105) de que Rosas es representante máximo.

Por la temática y la vehemencia de su retórica, la obra forma parte del vasto corpus de la literatura antirrosista y comparte muchos de los rasgos que codificarán el espacio literario en el que por más de un siglo vivirán los personajes históricos de la época[21]: el mismo objetivo de avivar el sentimiento patriótico, un imaginario común y un repertorio de escenas, escenarios y

---

[19] Fue una fuerza de choque organizada por los seguidores de Rosas entre 1835 y 1846, primero para lograr su regreso al poder y después para hostilizar a sus opositores, cuyo nombre hacía referencia al fruto del maíz, con sus granos muy juntos, símbolo de la fuerza mediante la unión, y cuya "sombra terrible" se proyectó mucho más allá de su existencia cronológica y cobró dimensiones míticas en la literatura argentina del XIX.

[20] En una de las múltiples notas de la autora se explica que "el héroe de este romance histórico es don Valentín Alsina", pero que "como [la novela] se publicase antes de la caída de Rosas, se hizo uso del seudónimo de Avellaneda para perpetuar al mártir de Tucumán" (pág. 24), en referencia a Marcos Avellaneda, joven político gobernador de Tucumán que fuera derrotado y ejecutado por los federales y que se convirtió en uno de los iconos del martirologio unitario. Juana Manso volvería a rendirle homenaje en su *Compendio de la historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata* (1862) y llegó a ver a uno de sus hijos, Nicolás Avellaneda, acceder a la Presidencia de la República en 1874.

[21] Véanse Adolfo Prieto, *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, Universidad del Litoral, 1959, y Cristina Iglesia (comp.), *Letras y Divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998.

personajes tópicos, así como una argumentación destinada a probar la justicia del antirrosismo a través de la estructura binaria que tanto impregna la ideología de la época: la causa unitaria identificada con el progreso y la civilización; la causa federal con el atraso y la barbarie. De hecho, por la vehemencia de su retórica, la obra ha sido caracterizada alguna vez como un texto "panfletario", en cuya peripecia argumental la crítica ha detectado deficiencias y "fracasos programáticos"[22], quizá porque esa estructura binaria funciona en *Los misterios del Plata* sólo como premisa inicial, un principio de orden que distribuye los elementos del texto en oposiciones reconocibles por el imaginario compartido en la época, pero pronto cede paso a propuestas que parecen querer superar tal disyuntiva, relacionadas con otros temas que apasionaron a la autora tanto como la política nacional: la construcción de modelos culturales autóctonos, la situación del indígena, del negro, del gaucho, del inmigrante y, sobre todo, la condición de la mujer en la República.

A diferencia de los demás relatos de ese corpus, donde el terror omnipresente desemboca en un ineludible destino trágico para quienes se atreven a enfrentarse al tirano, la novela de Manso concluye con un "final feliz" que permite a su protagonista femenina, Adelaida de Avellaneda (una apenas encubierta Antonia de Alsina, esposa del famoso unitario), no sólo idear y encabezar lo que la autora llama "método de resistencia" a la dictadura, sino nada menos que convencer a los agentes del régimen con su apasionada elocuencia para que ayuden a su esposo y los demás presos unitarios a escapar de las cárceles de Rosas. Por primera vez el tirano se verá burlado y perderá a sus presas; y por primera vez el motor de ese desenlace es una mujer. En manos de Juana Manso, la intuición, la persuasión, la sensibilidad y otros valores que la sociedad de su tiempo considera femeninos desafían los discursos del odio (unitarios o federales) e insertan una alternativa de éxito en la historia nacional personificada en la heroína, que no sólo responde al modelo de mujer formada e informada que defiende su autora, sino que participa abiertamente en el debate político público con un perfil activo y eficaz. Dando vida a ese deseo el texto aspira a fijar un paradigma, modelo y augurio, estableciendo en el país habitado por la escritura y la imaginación un nuevo orden y una nueva legalidad, cuya "moraleja" no requiere mucha explicación: se defiende una sociedad más "feminizada" como la clave para que los

[22] Véase Liliana Zucotti, "*Los misterios del Plata*, el fracaso de una escritura pública", *Revista Interamericana de Bibliografía*, núm. 3 (1995), págs. 381-390.

conflictos nacionales pudieran ser resueltos y se estimula el inminente y definitivo ingreso de esa otra mitad del género humano al terreno de la opinión, de la acción, de la *res publica* en general.

Desde ese punto de vista, debe repararse en que la novela, además de hacerse eco de la ideología de su autora, revisa también con el mismo interés prospectivo y fundacional las "Palabras Simbólicas" –*Progreso*, *Igualdad*, *Libertad*– del programa inicial de la oposición ideológica al rosismo, el *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría, que consagró a su autor como líder ideológico de la llamada Asociación de Mayo o De la Joven Generación Argentina (organizada en 1838, ya en la clandestinidad, y orientada también por Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez), cuyas propuestas superadoras del drama político nacional pretendían alentar el progreso y el fin de la tradicional polarización entre unitarios y federales reemplazándola por valores genuinamente liberales y reformistas que instaban a recuperar la tradición liberal de la Revolución de Mayo de 1810: "La salud del pueblo no estriba en otra cosa sino en el inviolable respeto de los derechos de todos y cada uno de los miembros que lo componen (...) Y por pueblo entendemos, socialmente hablando, la universalidad de los habitantes del país"; "La única jerarquía que debe existir en una sociedad democrática es aquella que trae su origen en la naturaleza y es invariable y necesaria como ella (...). La inteligencia, la virtud, la capacidad, el mérito probado: he aquí las únicas jerarquías de origen natural"[23]. Juana Manso hubiera querido –y quizá entendió– que esas propuestas se decían también para las mujeres, pero, a juzgar por los documentos de época y los testimonios literarios, no fue así. Aunque representantes del discurso progresista de la época, que demandaba respeto por la mujer y proclamaba su derecho a recibir educación superior, los hombres de la generación del 37 revelan su propia ambivalencia sobre el tema cuando sus mujeres literarias mantienen intactos los aspectos institucionalizados de la relación entre géneros, reproducen actitudes y papeles asignados por la ideología patriarcal, liberal o conservadora, y encarnan el mensaje prescriptivo de esa otra "jerarquía" de la que no habló el *Dogma Socialista*, la de la diferencia sexual, que prevé como única esfera de actividad femenina la doméstica y como función social de la mujer la de ser diligente guardiana de lo privado burgués, donde el hombre encontrará el remanso a su lucha en el terreno de lo público.

---

[23] Cfr. Esteban Echeverría, *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo* (1837; publicado en Montevideo en 1846), en *Obras Completas de Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1951, vol. 1, págs. 260-270.

Tampoco cumplieron en la práctica otros *Dogmas* los compañeros de destierro de Juana Manso. Como se encargó de aclarar Echeverría en 1846 (cuando la caída de Rosas se veía aún lejana), los ahora proscritos mirarían al futuro, cuando "por su edad, su educación, su posición" ocuparan "el puesto que les correspondía" y fuera necesario atemperar el odio entre los dos sectores, trabajando por un dogma que "conciliase todas las opiniones, todos los intereses", a favor de la democracia y el progreso[24]. Aquel proyecto reconciliador duró muy poco, tal vez por las serias disonancias existentes entre esos propósitos iniciales y la realidad histórica turbulenta y errática característica del período que se abre con el desmembramiento del régimen de Rosas[25]. La producción literaria de la generación del 37 confirma desde antes y constantemente esa contradicción: es difícil relacionar el primitivo programa, conciliador en lo político e incluyente en lo social, con ejemplos tan célebres como *El Matadero* del mismo Echeverría o *Amalia* de Mármol. Escritas pocos años después de las propuestas citadas, esas obras se apartaban ya radicalmente de aquella "general amnistía para todos los extravíos precedentes" con que alcanzarían "una paz legítima y gloriosa los hombres que han estado divididos" de que se hablaba en la Palabra Simbólica 15 del *Dogma Socialista*, por lo que no sorprende que tras el derrocamiento de Rosas en 1852 se abriera el tiempo de la revancha, casi no hubiera lugar para la discusión reposada o la búsqueda de consenso y, ya en el marco del proceso de construcción de una nueva legitimidad, antes y después de la sanción de la Constitución Nacional de 1853, los proyectos elaborados evidenciaran diferencias tan marcadas que llegaron a enfrentar incluso con las armas a los antiguos aliados contra el rosismo.

En ese contexto emprende Juana Manso, ya separada de su esposo y con sus dos hijas pequeñas, el regreso a una activísima Buenos Aires que imaginaba podría ofrecerle todos los espacios abiertos a su inserción como intelectual: "¡Salve 1854! Seas tú propicio para mí, que te elegí por padrino en la difícil tarea que he emprendido –escribe en su debut argentino–. Que después de una ausencia de veinte años, al volver a mi país natal, encuentre lo que iría a conocer por vez primera: ¡el Lar Patrio! (...) Año del 54, llévame: ahí tienes mi mano, es la de un corazón

---

[24] Cfr. Esteban Echeverría, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual del Plata desde el año 37* (se publicó en Montevideo, en agosto de 1846, y en septiembre se incorporó como introducción al *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo*). En *Obras Completas*, cit., vol.1, págs.155-159.

[25] Sobre los dilemas y conflictos de la Argentina posrosista, véanse Tulio Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979; y Marta Bonaudo (comp.), *Nueva Historia Argentina, IV: Liberalismo, Estado y Orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

leal y libre. Preséntame a mis compatriotas y diles que estoy dispuesta a consagrar mis esfuerzos y mi escasa inteligencia al bien general, en cambio sólo pido un poco de simpatía"[26]. Con esa esperanza reinicia su labor literaria, actualiza y traduce sus trabajos anteriores y sostiene las ocho entregas del *Álbum de Señoritas, periódico de literatura, modas, bellas artes y teatros* que funda, dirige y redacta desde el 1 de enero hasta el 17 de febrero de 1854, cuando se vio obligada a cerrar la revista por no obtener la necesaria repercusión en los lectores y pudo comprobar que se enfrentaba a un ambiente que, lejos de corresponder al entusiasmo de la proscrita recientemente vuelta a su patria, le era abiertamente desfavorable. Nada extraño, pues tanto los vehementes editoriales de "La Redactora", sus arengas "A las suscriptoras" o su serie de ensayos sobre "Ilustración y emancipación moral de la mujer" –textos irreverentes, díscolos, propensos a cuestionar no sólo la condición de la mujer sino, en buena lógica, también la del hombre–, como sus constantes reflexiones sobre las reformas urgentes que reclamaba para una transformación moderna del país, revelaban no sólo la insolencia de Manso por no contentarse con el lugar marginal que la sociedad le reservaba en ese proceso llevado a cabo por líderes todos varones, sino además los límites objetivos, las contradicciones y fisuras de los códigos, prácticas y valores que decían fundar un escenario en el que la República, tras años de anarquía y terror, se convertiría en un espacio de orden y libertad: un profundo y complejo proceso de transformación que pasó a la historia con la expresión *Progreso Argentino*.

La entusiasta redactora del *Álbum de señoritas* no iba a privarse de participar en aquella efervescente "República de la Opinión"[27], y lo hizo a menudo formulando agudas críticas sobre los nuevos "desórdenes" que no permitían dar vida a lo sustancial de su proyecto de país. Sólo unos pocos ejemplos: La segunda entrega del *Álbum* es encabezada por un artículo en el que Juana Manso sienta las bases de su propio Progreso Argentino apelando a consolidar las instituciones a través de la educación del pueblo, entendiendo por *pueblo* (así lo permitían los textos programáticos de su generación) hombres y mujeres, ricos y pobres, blancos, negros e indios, y por *educación*, la que tienda al perfeccionamiento moral e intelectual. Y concluye:

---

[26] Juana P. Manso de Noronha, "Último día del año y año nuevo", *Álbum de Señoritas*, núm. 1, pág. 2. En Francine Masiello (comp.), *La mujer y el espacio público* cit., pág. 54.

[27] Véase Alberto Lettieri, *La República de la Opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

> La misión del actual gobierno es organizar. Bien, pues organícese la educación popular en la ciudad, en los pueblos de campaña, por todas partes póngase la planta. Inútil es decir a los hombres sois libres sino se les enseña a serlo. Ofrezco mis escasos conocimientos tanto al gobierno como a los establecimientos particulares. Tenemos el convencimiento de que todas las reformas parciales que no sean la educación, como que sólo entienden con la epidermis del cuerpo social, son como esos paliativos que dejan en pie el mal, el velo de oropel extendido sobre el cáncer roedor. No trabajamos para el presente sino para el porvenir (...) Una triste experiencia tenemos de cuánto es importante derramar la ilustración a las masas. Si hubiese sido ese el primer paso después de Mayo de 1810, emancipar la razón como se habían emancipado los hombres, tal vez que ni tanta sangre habría empapado estas tierras, ni tantas lágrimas habrían corrido[28].

La escritora se ofrece y ofrece sus servicios apostando a lo que mejor sabe hacer: instruir, educar. Había vuelto a la tierra natal para "consagrar todos sus esfuerzos a la ilustración de sus compatriotas" y se sentía con igual derecho que los hombres a participar y a instar a que las mujeres participaran, así como a criticar y hasta invalidar nociones, instituciones, normas y costumbres sacralizadas en el imaginario colectivo. Cinco números después, la cronista se atreve a elevar reproches a las autoridades sobre otro de los temas más delicados, no sólo de la emergente nación, sino, en general, del ámbito hispánico. Dice Manso:

> ¿Qué? ¿Que después de veinte años de una dictadura de hierro; después de veinte años de una inquisición política, estaríamos condenados a ver a la Iglesia Católica desarrollar su estandarte negro sembrando de huesos y de cráneos? ¿Marchamos de frente a los autos de fe y las torturas de la Inquisición o estamos en un país libre, donde la libertad no es una palabra vana y sin sentido filosófico? La libertad, una vez proclamada, no tiene otros límites que los mismos que tan sabiamente le ha opuesto la propia naturaleza de las cosas. Nunca ha sido el exceso de la libertad el que ha causado los males de los pueblos, por eso, un Gobierno que proclame entre otras libertades la libertad de conciencia, nunca debe declamar una religión del Estado para no cometer el absurdo y no estar en contradicción consigo mismo. Aquí no hay término medio. Es necesario optar entre una cosa o la otra[29].

Hasta la columna sobre "Modas" será espacio para tratar de revocar algunos tópicos a su juicio perniciosos del imaginario común, haciendo con ello un condensado simbólico altamente polémico (indicador de los tipos de ideas prestadas que circulaban en la imaginación cultural y

---

[28] Juana P. Manso, "Organización de las escuelas", *Álbum de Señoritas*, núm. 2, págs. 9-10. En Francine Masiello (comp.), *La mujer y el espacio público* cit., pág. 74.

[29] Juana P. Manso, "Libertad de Conciencia", *Álbum de Señoritas*, núm. 7, pág. 55. Reproducido en Lelia Area, *El 'Álbum de Señoritas' de Juana Manso: Periodismo y frustración para un proyecto 'doméstico' de fundar una Nación*, Buenos Aires, Feminaria, 2005, págs. 60-61.

política), si se tienen en cuenta tanto el público lector a quien se dirigía como el contexto en que se insertaba ese –en el fondo– diálogo irónico con la mayoría de documentos culturales de su generación, que brindaron pública atención a los acontecimientos políticos jugando con el lenguaje de la moda, diseñando la "vestimenta" elegida para cubrir el cuerpo nacional, identificando la elegancia de estilo con la civilización europea (frente a la tosquedad del régimen de Rosas) y sugiriendo que, si la moda podía ser importada con éxito de Inglaterra y de Francia, las ideas sobre reforma liberal podrían también cruzar el Océano. Ironiza Manso:

> Creo que todavía no se ha ocurrido a nuestras elegantes que la oposición de estaciones de los hemisferios es un obstáculo insuperable a las modas europeas, y que siempre nos vestiremos aquí en diciembre por los figurines de agosto (…). Es una aberración, lo conozco, pero esto de imitar un figurín me parece una cosa así como la de hacer una muñeca a imitación de la gente, aunque aquí es al revés, es la gente que se torna muñeca. En nuestra América meridional, tan lejos de Europa, tan opuestas las costumbres, los usos y hasta las estaciones, no deberíamos sujetarnos al rigorismo de la moda francesa que nos invade hoy. Con todo, ya que vine a dar cuenta de la moda, a pesar de las digresiones que he hecho, os diré que los figurines que vinieron por el paquete traen las modas de invierno, desde el sombrero de terciopelo hasta el manguito de pieles, y todo el atavío de la elegante en un día de diciembre o enero (...). Ahora ya sabéis, lectoras, para andar a la rigurosa moda de París, hagamos cuenta de que no hay calor y vistamos nuestros vestidos de merino, nuestras manteletas de terciopelo y hagamos más ese sacrificio a la imitación[30].

Hacia un efecto similar, orientado a revelar la inconsistencia de arraigados prejuicios y lugares comunes, apuntará también su siguiente novela, *La familia del comendador*, publicada parcialmente primero en el *Álbum de Señoritas* y a mediados de 1854 completa en forma de libro. También en este caso las exhortaciones de la autora acerca de la toma de conciencia de las mujeres y su necesaria integración en lo público para renovar el país y corregir sus males articulan el proyecto de una república posible, pero aún más en discordancia que en la novela anterior con la realidad cultural y política del momento, especialmente en dos frentes "intocables": la religión y el prejuicio racial, que la autora presenta como partes de un sistema perverso basado en la intolerancia y el sometimiento del otro.

La ficción histórico-sentimental a que en apariencia pertenece la novela fue de nuevo subterfugio o anzuelo para con sus lectores: el enorme éxito popular de ese formato se presentaba como la tribuna más adecuada para conseguir la repercusión sobre la sociedad porteña que la

---

[30] Juana Manso, "Modas", *Álbum de Señoritas*, núm.1, pág. 5. Ibidem, págs. 68-69.

autora perseguía, aunque la materia y la trama de su relato (los temas principales son las injusticias del racismo y de la dictadura familiar) ofrecen una crítica a los fundamentos, actitudes y creencias de esa sociedad mucho más audaz que lo que ese género y sus lectores permitían, así que la recepción negativa de la obra era previsible. Juana Manso iba muy por delante de los nuevos aires y los nuevos líderes (hasta de los en principio correligionarios) que tenían en sus manos la construcción nacional, una cultura dominante que en Argentina siempre se vanaglorió de estar en el país más blanco de la América hispánica. La historia demuestra que se hizo todo lo posible para que así fuera, especialmente cuando tras la caída de Rosas (a quien buena parte de las masas populares apoyaron o sirvieron como espías, soldados o verdugos) el racismo se combinó con el odio hacia lo federal, y en ese furor acabó transformándose a los negros, los indios, los gauchos en símbolos recurrentes de la *chusma* que había sido dominada por el rosismo, cuando no codificándolos como el salvajismo y la barbarie que amenazaban al nuevo proyecto civilizador, blanco y burgués de expansión territorial.

"El pueblo bajo, compuesto en buena parte por negros, indios y mulatos, está conforme con Rosas como lo estuvo en la Roma de los césares con Claudio, con Nerón o con Calígula", había advertido Manso ya en *Los misterios del Plata*, pero en *La familia del comendador* su relato asume el mismo tono de denuncia que domina en sus artículos periodísticos coetáneos sobre un proyecto político que, a su juicio, adolecía de injusticias tan graves como las que se le habían criticado a la dictadura, por la imposibilidad de pensar lo indio y lo negro como integrante real y efectivo del cuerpo nacional, más allá de su estilización estética, y por las operaciones de "limpieza" que se promovía contra ellos.

En un artículo del *Álbum de Señoritas* titulado "Las Misiones" y dirigido a la vez a los "representantes del proyecto civilizador" y a los "Padres de la Iglesia que lleváis el nombre de cristianos", Juana Manso se pronuncia por una política de integración pacífica y denuncia una inminente "campaña" contra los indios: "Va a correr la sangre de nuevo", anuncia, y apunta un cuestionamiento político y una propuesta: "¿Será que no haya otros medios de persuasión para esos desventurados, sino el sable y el plomo? (...) Creemos que esta expedición armada debe ser la última que parte contra los indios (...). Esta patria es de ellos como nuestra. La conquista los esclavizó, los arrojó de sus lares, los despedazó, y nosotros después de la independencia no hemos hecho más que continuar la obra que comenzó la conquista (…). El fanatismo ha muerto, no es posible resucitarlo –concluye–. El impulso está dado y no es posible retroceder. Buenos

Aires empieza una era nueva; es necesario que todo elemento de progreso entre en el cuadro de su nueva marcha"[31].

En *La familia del comendador* esa nueva marcha está representada (en un juego de relato histórico y contemporáneo a la vez similar al que pudo aprender con su *Mabrogenia*: el presente se proyecta sobre una América de colonias, esclavos y señores) por la peripecia vital de Mauricio, el nieto mulato, bastardo y repudiado de la poderosa familia protagonista, y las tres heroínas, Gabriela, Mariquita y Alina, que representan abiertos desafíos al sistema de valores tradicional, en nombre de la libertad de conciencia (en lo que respecta a la religión y la familia) y en nombre del amor (en lo que respecta al racismo), salpicados de parlamentos como éste: "Un examen detenido de sí mismo le daba [a Mauricio] la convicción de que, fuera del color, era igual que cualquier otro hombre, tan bueno o tan malo, con la misma inteligencia, pasiones y sentimientos (...). Le importaba poco lo que la familia le pudiera hacer. Había llegado el día en que les hablaría de igual a igual, no como esclavo, sino como *hombre*, cuyos derechos no son ilusorios, sino verdades, que, aunque desconocidas o atropelladas, son siempre argumentos irresistibles del lenguaje de la razón y de la conciencia"[32].

Tanto el uso que hacía Manso de esos temas y personajes como el carácter didáctico que imprimió a sus artículos y novelas, proponiéndolos como ejemplo que debía imitarse para lograr el *Progreso Argentino*, no eran simplemente progresistas, sino revolucionarios. Demasiado revolucionarios. En un 1854 conflictivo y en construcción, "cosas como ésas no podían decirse, menos escribirse y menos aún aparecer ante los ojos de un público lector femenino que no debía ser turbado ni por la duda ni por el cuestionamiento sobre las decisiones político-institucionales que los líderes de la construcción nacional (sus padres, esposos, hijos, hermanos) estaban llevando a cabo", concluye Lelia Area a propósito del *Álbum de Señoritas*[33], y la autora vio caer sobre ella diversas modalidades de silenciamiento, algunas verdaderamente feroces[34]. Rodeada de

---

[31] *Álbum de Señoritas*, núm. 5, pág. 30. Ibidem págs. 43-45.

[32] Juana Paula Manso, *La familia del comendador* (1854). Cito por la ed. de Buenos Aires, Colihue-Biblioteca Nacional de la República Argentina, 2006, pág.104.

[33] Lelia Area, Op. cit., págs. 45-46.

[34] La falta de suscriptoras, en lo referente al *Álbum* –lo que no sólo implicaba demostrarle la inutilidad de su palabra sino que la dejaba sin ingresos económicos–, fue una de esas formas de silenciamiento. Pero las "transgresiones" de Manso continuarán en otros escritos y hasta sus "Conferencias de Maestra" obtendrán duras respuestas: desde

lo que llamó "el páramo de la indiferencia" o siendo blanco de los ataques de la Iglesia, de la sociedad, de la comunidad letrada, fue de nuevo condenada al ostracismo, esta vez como mujer intelectual, y desterrada como escritora del canon nacional durante décadas[35]. No se amedrentó, sin embargo. Ya en su presentación pública del *Álbum de Señoritas* había previsto que "si en vez de simpatías me volviesen indiferencia, si en vez de hermanos hallase enemigos, iría a buscar una Patria en alguna parte del mundo donde la inteligencia de la mujer no sea clasificada de pretensión ridícula"[36]. Eso hizo. Y me refiero a la "patria de la escritura", aunque también desde ese mismo 1854 volvió a vivir en Brasil (donde seguía publicándose su *Jornal das Señoras*) hasta que cinco años después, con el apoyo del gobierno regional de Bartolomé Mitre (luego Presidente de la República entre 1862 y 1868), pudo regresar definitivamente a Buenos Aires. Allí, aunque duramente atacada por los sectores más conservadores, colaboró en los proyectos pedagógicos innovadores del gobierno promovidos por su amigo Sarmiento, que siempre supo valorarla, a pesar de (o quizá por eso) los desacuerdos que discutieron en su abundante correspondencia. Y siguió escribiendo, dispuesta a enfrentar a los que tampoco esta vez comprenderían y celebrando a través de la literatura esa cita por adelantado con las ideas de sus compatriotas. Lo demuestran la sección a su cargo en el semanario *La Flor del Aire* titulada "Mujeres ilustres de la América del Sur" (1864), donde rescató las biografías olvidadas de mujeres participantes en la política continental, o sus crónicas para *La Siempreviva* (1865), donde volvió a insistir en su programa de acción[37], así como la novela *Margarita* (1865), sobre la hipocresía en las relaciones sociales, y el drama teatral *La Revolución de Mayo de 1810* (1864), donde, intercaladas entre los diálogos de los héroes de la Independencia, dos historias de mujeres ficticias interrumpen el discurso

---

abucheos y apedreamientos hasta denuncias al Obispo por hereje o a las autoridades educativas por inmoralidad y trastorno mental.

[35] Todavía en 1922, en su *Historia de la literatura argentina*, primer archivo sistematizador de las letras nacionales acorde con lo que se denominó "primer nacionalismo cultural", Ricardo Rojas escribía: "De Juana Manso sólo diré que fue muy amiga de Sarmiento, a quien se parecía por su cara hombruna y por sus aficiones pedagógicas". Véase Ricardo Rojas, "Las mujeres escritoras", *Historia de la literatura argentina* (1922), Buenos Aires, Editorial Kraft, 1957, págs. 474-493.

[36] Juana Paula Manso, "Último día del año y año nuevo", cit., pág. 54.

[37] "No vengo sólo a contraerme a sostener el órgano de la moda, que es la cultura exterior, sino a crear un órgano de los intereses morales e intelectuales de la mujer", declaró en su primera colaboración. Apud Lily Sosa de Newton, "Las periodistas", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 639 (2003), "Dossier Escritoras argentinas del siglo XIX", pág. 16.

histórico, comentan cómo los cambios revolucionarios afectarán a sus vidas y sugieren la falta de un lugar para la mujer en la nueva república.

"Cómo se ha atrevido usted a tanto, Señora", le escribe Sarmiento en una carta de 1867, y para reconfortarla añade: "Escriba, combata, resista (...) Cuando reciba asafétida en sus vestidos, no es a la escritora, a la lectora, a la educacionista. Es, ¿lo creerá usted?, a la 'mujer inteligente'. ¿Sabe usted de otra argentina que, ahora o antes, haya escrito, hablado, publicado o trabajado por una idea útil? Una mujer pensadora es un escándalo"[38]. El escándalo que protagonizó y tuvo que combatir Juana Manso, finalmente, no fue un fracaso. "No trabajamos para el presente sino para el porvenir", había declarado ya en su *Álbum de Señoritas*, y eso puede confirmarse desde hoy; pero no sólo por eso digo que no fue un fracaso: ya la escritura de autoras algo más jóvenes, como las peruanas Clorinda Matto y Mercedes Cabello, confirma que pronto fructificó su legado como intrépida y tenaz "obrera del pensamiento"[39], y la propia Juana Manuela Gorriti la despidió de la vida en 1875 llamándola "Maestra". No se refería sólo a la que fue la principal actividad profesional de Manso desde que Sarmiento la convocara bajo su mandato presidencial como responsable de un novedoso sistema educativo que aún merece la atención de los especialistas[40]. En él la escritora y pedagoga desarrolló lo que siempre supo hacer, enseñar, pero en esa enseñanza sin duda volcó las esperanzas concebidas en su ejercicio de la literatura como antídoto contra el destierro, político y de género, que fue también el instrumento con el que la *Femme auteur* Juana Paula Manso de Noronha quiso darle un diseño más justo al progreso y entrar públicamente al debate social al que asistió en privado desde siempre.

---

[38] Domingo Faustino Sarmiento, carta fechada el 15 de octubre de 1867 dirigida a Juana Manso. En *Domingo Faustino Sarmiento. Epistolario íntimo*, ed. de Bernardo González Arrili, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1963, Tomo II, pág. 73.

[39] El término es de Clorinda Matto y dio título a su conferencia impartida en el Ateneo de Buenos Aires en 1895, *Las obreras del pensamiento en la América del Sud*, como homenaje a sus antecesoras, "Porque ellas, más que la presente generación, tuvieron que sostener lucha tenaz por la causa de la ilustración de la mujer." Cito por la ed. digital de Thomas Ward para el Centro de Estudios sobre la Mujer en la Historia de América Latina (CEMHAL), Lima, 2000, pág. 2.

[40] Véase Myriam Southwell, "Juana P. Manso (1819-1875)", en *Perspectivas. Revista trimestral de Educación Comparada de la UNESCO*, vol. XXXV, núm. 1 (2005), págs. 2-19.